

“LOS INTOCABLES”

Hay muchos, muchos intocables. Altos, bajos, rubios, morenos, carpinteros y escultores, picapedreros y poetas. De todas clases, de todos los oficios, hasta desocupados, de esos que nada parecen pretender y andan por la vida sin dejarse tocar, sobre los ridículos zancos de su orgullo, o metidos dentro de la torre de marfil que ellos, cada día van levantando más y más hacia las nubes propicias. Andan por la tierra lo mismo que nosotros: sus zapatos están llenos de barro, quizá mucho más enlodados que los de cualquier otro ciudadano, pero en cuanto usted, amigo, pone en duda su misión trascendental, entonces se volverán airados contra sus razones, pretendiendo que la porquería de sus suelas es tierra de montaña, es decir, tierra de estrellas, tierra de cielo raso, maravilla de Dios. La psicología moderna ha hablado mucho, muchísimo, de su caso. Son los inestables, los que no se sienten seguros, los que necesitan gritar y hasta insultar para afirmarse a sí mismos, cercándose con muros de barajas que un soplo puede echar al suelo para siempre.

Podríamos poner muchos ejemplos, miles de ejemplos. Pero pongamos uno, al alcance de todos, al alcance de todos los días: Un autor teatral, y vamos bien servidos. A lo mejor ese autor teatral tiene un pasado poético, un pasado pequeño y sencillo de versificador, refugiado en esa poesía cerrada a cal y canto, donde las introspecciones se miden por milímetros y donde los hallazgos se miden por micras. En esa cárcel del hacer, del fabricar para sí solo, le ha ido bien, admirablemente bien. Muy pocos son los que se ocupan de calibrar tal obra, de aventar sus errores, de reducir a verdades estables sus verdades dispersas. Además, este tipo de creación produce en las gentes un sí es o no es de fanatismo cultural, de temor por las cosas ocultas. Algo así como el respeto que nos inspiran los faquires, los doctores en ciencia ocultas, los astrólogos y las adivinatoras. El hombre, prisionero de su ignorancia, sin saber de dónde viene ni adónde camina, no puede, conscientemente, enfrentarse con esos seres que aseguran tener en sus manos la esquina del manto que tapa el gran secreto y por donde, a ratos, pueden meter sus curiosas narices. En el mejor de los casos debe soslayarlos, pero nunca, jamás, negarlos de plano, cerrarles toda posibilidad de atisbo. La poesía puede así confundirse con la magia, el sublime viento con el huracán de escorias. Nada tiene, por lo tanto, de particular, que un escritor criado en esa enrarecida celda, cuando pretenda enfrentarse como autor teatral, con el gran público y con la crítica, si no llega a aceptar, si no llega a impresionar de primera intención, arremeta contra los críticos que, por humana lógica, son los encargados de ejercerla. Es un grito de necesaria afirmación, es un lamento de seguridad, es una descarga biliar hacia la salud, por el sendero químico de las desintoxicaciones. Pretende, —como el ladrón que piensa todos son de su condición— achacarles a los demás sus propios, personales defectos; quiere reducir a la nada lo que,

L U I S A M A D O B L A N C O

Los Intocables...

(Continuación)

lores que el mío", le vuelve la espalda seguro de que el tiempo pasado, presente y porvenir está con aquellos que dicen la verdad, su verdad, por encima de todas las coacciones que puedan interponerse en su camino.

Por eso no se suicida literariamente y sigue alegre su trabajo orgulloso de su tarea y en muy buena y honrada compañía, por cierto. Porque al fin y a la postre lo que interesa, lo que va a importar para el futuro es el trabajo. El trabajo esforzado crítico o no crítico de los que un día y otro día van construyendo sin alharacas su propio edificio, jamás altiva torre. Un edificio de muchas puertas, muchas ventanas y por lo tanto mucha libertad, mucho sol y mucho aire para que la pestilencia moral de los intocables se vaya lejos, tan lejos, tan lejos, que nadie pueda hallar su rastro, ni mucho menos sus propósitos tan suciamente inconfesables, ya que el "yoísmo" de estos desventurados es de tal naturaleza que únicamente aspiran a salvarse ellos solos, pase lo que pase. Ególatras de esos de "después de mí el diluvio". Salvajes de esos que en los naufragios verdaderos de un buque en alta mar volcado por la gigantesca ola, pisotean mujeres y niños, siendo capaces no del suicidio, pero sí del asesinato con tal de mantener su cabeza, de pretendidos dioses, sobre el nivel de las revueltas aguas.